

“El grano de trigo que cae en la tierra y muere para que otros puedan vivir”

Homilía – Memoria de San Ignacio de Antioquía/Misa por “40 días por la Vida”

Introducción

Se cuenta la historia de una mujer joven a principios del siglo XX que era muy brillante y dedicada a la causa de la justicia para los pobres. Había sido bautizada como católica, pero su familia se alejó de la práctica de la fe cuando era niña. Siendo altamente educada, vio en el Partido Comunista Americano una oportunidad para corregir las injusticias que se perpetraban contra los trabajadores en su tiempo. Comenzó a ascender en el partido, pero cuanto más profundamente se involucraba en él, más veía que no se trataba de justicia, sino más bien de poder y de castigar y eliminar a cualquiera que fuera una amenaza para el poder de uno.

Más tarde se volvió a conectar con su fe católica a través de vibrantes comunidades de adoración, especialmente de jóvenes, y recibió instrucción de nada menos que del gran orador católico, el arzobispo Fulton Sheen. Reconoció las mentiras perpetradas sobre la Iglesia en el Partido Comunista, y regresó a la práctica plena de su fe. Explica que allí, entre los católicos, no encontró el poder y el odio, sino el amor, la bondad y el verdadero cuidado de los pobres.

Entonces, ahora y cada generación

Esta mujer, Bella Dodd, tiene una historia de vida no tan diferente de la del santo que honramos hoy, a pesar de que vivió unos 1800 años antes que ella.

San Ignacio de Antioquía sucedió a san Pedro como obispo de esa ciudad, después de que San Pedro fuera a Roma, donde iba a enfrentar su propio martirio. Es famoso por las siete cartas que escribió a las comunidades cristianas de su tiempo, revelando los

elementos básicos de la vida de la Iglesia que se han conservado hasta el día de hoy. Entonces, como ahora, circulaban muchos mitos calumniosos sobre los cristianos, incluida la acusación de canibalismo, ya que afirmaban comer la carne y beber la sangre de su Señor. Ignacio explica la fe de la Iglesia en la presencia real, y quién puede ser admitido en ella, en términos inequívocos. Pero la acusación principal, como con todos los mártires cristianos de su tiempo, era su negativa a rendir homenaje a los falsos dioses de la Roma pagana. En otras palabras, las autoridades gubernamentales estaban obligando a los cristianos a violar sus convicciones religiosas y aceptar la versión gubernamental de lo que es una religión aceptable.

En una respuesta a un soldado que lo estaba interrogando sobre este punto, San Ignacio dijo: “Te equivocas cuando llamas a los dioses aquellos que no son mejores que los demonios... Porque sólo hay un Dios que hizo el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos: y un solo Jesucristo en cuyo reino deseo fervientemente ser admitido”.¹ E Ignacio estaba hablando literalmente cuando dijo que deseaba “fervientemente” ser admitido al reino de Cristo, tanto que rogó a sus compañeros cristianos y partidarios que no intervinieran si era condenado a muerte. Él aceptó la muerte por Cristo voluntariamente, incluso felizmente.

Esto explica lo apropiado de la lectura del Evangelio para su día de fiesta, generalmente se lee en la fiesta de cualquier mártir: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto”. Nuestro Señor está hablando aquí en primer lugar de sí mismo: él cayó al suelo cuando descendió del cielo hasta nosotros en el misterio de la Encarnación, cuando tomó un cuerpo humano en el vientre de su Santísima Madre. Por extensión, sin embargo, también se aplica a aquellos héroes cristianos que imitan el modelo de su muerte derramando su sangre por él, los mártires de

¹ Traducción al español del libro de Herbert J. Thurston, S.J. y Donald Attwater, edd, “Butler 's Lives of the Saints”, vol. I, Christian Classics, Inc. (1981), Westminster, MD, pág. 219.

nuestra fe. Pero él dice que este principio se aplica de alguna manera a todos, porque esto es lo que sigue inmediatamente después en su enseñanza: “El que tiene apego a su vida la perderá; y el que no está apegado a su vida en este mundo, la conservará para la Vida eterna. El que quiera servirme que me siga, y donde yo esté, estará también mi servidor. El que quiera servirme, será honrado por mi Padre”. “El que quiera...”: no algunos, no unos pocos selectos, no una cierta categoría de personas, sino “el que quiera”, es decir, cualquiera y todos.

Por eso estamos aquí hoy. Podemos ver estos patrones repitiéndose a través de toda la historia de la Iglesia, en cada generación. Eso no debería sorprendernos, porque estas son verdades universales. Cualquiera que desee servir al Señor debe ser ese grano de trigo que cae a la tierra. Y hoy soportamos el mismo tipo de ataques que nuestros antepasados de cada generación que nos precedió. Mentiras, calumnias y mitos de todo tipo han estado circulando sobre los católicos y la Iglesia Católica durante décadas, incluso siglos. Y ahora incluso estamos viendo ataques a nuestros lugares de culto y símbolos sagrados. No se detendrán ante nada, ni siquiera desacreditarán el legado de un gran hombre que sirvió con gran sacrificio para defender y educar a un pueblo pobre y vulnerable. San Junípero Serra no fue un mártir, pero era un grano de trigo que cayó al suelo a través de su renuncia a todas las búsquedas y comodidades mundanas por el bien del Evangelio y el bien de un nuevo pueblo que se introduce a Jesucristo.

Ganar almas para Cristo

Los perpetradores de tal calumnia y blasfemia son, como dice San Pablo en su Carta a los Filipenses, “enemigos de la Cruz de Cristo”. Es por eso que necesitan nuestras oraciones y nuestro amor. Y por qué el lugar de su acto maligno necesita ser purificado de toda presencia demoníaca.

San Pablo habla en un lenguaje muy fuerte aquí: “Su dios es el vientre; su gloria está en aquello que los cubre de vergüenza. Y no aprecian sino las cosas de la tierra”. La palabra “vientre” en este contexto es una metáfora para el deseo de las cosas mundanas. Santo Tomás de Aquino ve aquí el cumplimiento de una profecía del profeta Oseas: “Es propio de Dios ser el primer principio y el fin último; de ahí que a quien tiene por fin otra cosa que no Dios, esa cosa le es su dios. Asimismo... ellos buscan su gloria; mas lo que de ahí sacarán será su propia confusión. ‘Cambiaré su gloria en ignominia’ (Oseas 4,7)”.²

Sí, hay muchas personas hoy en día que se glorían en lo que es vergonzoso, y hacen de lo que es vergonzoso su fin último; o, parafraseando a San Ignacio, llaman a los dioses lo que no es mejor que los demonios. Y estamos viendo una vez más el ejemplo más vergonzoso desplegándose ante nuestros ojos con la actual nominada a la Corte Suprema. Pueden estar seguro de que cada proceso de nominación de un nuevo juez de la Corte Suprema será, al final, una batalla sobre el aborto. Gloriarse en la destrucción de la vida humana inocente, sostenerla como un derecho e incluso como un bien, algo que se debe celebrar—de hecho, un fin último, y así prácticamente hacer de ello un dios—todo por complacerse en el placer sin responsabilidad: ¿qué puede ser un ejemplo más trágico e incluso diabólico de lo que San Pablo está hablando aquí?

Quiero, entonces, aprovechar esta oportunidad para agradecerles a todos por ser esos granos de trigo que caen al suelo y mueren. La batalla por la cultura de la vida no sólo es fatigosa, sino que también nos abre a las mentiras, calumnias y mitos sobre los cristianos que se han perpetrado en cada generación desde el principio. Pero recordemos a San Ignacio de Antioquía: es sufrir tales injusticias con serenidad y confianza, incluso voluntariamente, lo que demuestra nuestra inocencia y la bondad y pureza de la fe

² Comentario de Santo Tomás de Aquino a la Epístola de San Pablo a los Filipenses, tomada de <http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/jpi.htm>

cristiana. El gran padre de la Iglesia Tertuliano es el que acuñó la frase de que “la sangre de los mártires es semilla de cristianos”. Pero escuchen lo que él sigue diciendo: “Tortúrennos, atormenténnos, condénennos, aplástennos: vuestra iniquidad es la prueba de nuestra inocencia... Cuanto más exquisita sea la crueldad de ustedes, más atrae a nuestra secta; aumentamos en número a medida que ustedes nos segan”.³

Continuarán torturándonos, atormentándonos y condenándonos—siempre figurativamente, y a veces también literalmente—hasta que capitulemos. Pero la capitulación no funciona. El compromiso con lo que es hostil a Jesucristo no ganará almas para él—o como decimos hoy, no es una estrategia ganadora para la evangelización. La prueba está a nuestro alrededor: cuando la fe católica se vive en plenitud, la gente ve que hay algo diferente, un mejor camino, la luz de la verdad: el camino a la plenitud de la vida. Eso es lo que San Ignacio descubrió y defendió; eso es lo que Bella Dodd descubrió; eso es lo que innumerables cristianos conversos y que han vuelto al cristianismo han descubierto, a veces para su feliz sorpresa. Gracias por ser esos granos de trigo que caen a la tierra y mueren para que otros puedan descubrir a Jesucristo y vivir.

Conclusión

Ustedes me recuerdan a los jóvenes que Bella Dodd describe. Después de su retorno a la fe católica, comenzó a hablar sobre sus experiencias en los campus universitarios, donde vio surgir un nuevo tipo de estudiante que le dio una gran esperanza. Esto fue a mediados del siglo pasado, y obviamente mucho ha cambiado desde entonces, hasta el punto de que las universidades ahora se han convertido en más como campos de adoctrinamiento que comunidades para abrir las mentes de los jóvenes

Traducción al español del libro ³ *The Great Commentary of Cornelius a Lapide, The Holy Gospel According to Saint John*, Thomas W. Mossman, B.A., trans., Loreto Publications (2009), Fitzwilliam, New Hampshire, pág. 303.

para descubrir las maravillas del universo. Pero esto habla del idealismo característico de todos los jóvenes.

Al final de su autobiografía, Bella Dodd cuenta la historia de lo que sucedió después de una charla que dio al Newman Club en la Universidad de Connecticut. Puesto que no puedo encontrar palabras mejores con las que concluir mi homilía que las palabras con las que concluye su autobiografía, la citaré aquí en su totalidad:

Esa noche me había quedado tan tarde respondiendo preguntas que el padre O'Brien les pidió a tres jóvenes que me llevaran al tren en New London. Mientras viajábamos por las colinas de Connecticut comenzó a nevar... Entonces uno de los muchachos dijo en voz baja: '¿Por qué no decimos el rosario por la paz?'. Comenzó el *Credo* y allí en la oscuridad de ese camino rural con la suave nieve cayendo, dijimos el rosario por la paz.

Estaba consciente mientras viajaba a casa esa noche de que hombres como estos pueden cambiar el mundo para mejor, tanto estaban llenos de amor, tan desinteresados era su celo. Sé que incluso si los comunistas fueran sinceros en las brillantes promesas que hacen, serían incapaces de cumplirlas porque no pueden crear el tipo de hombres necesarios para la tarea. Cualquier bien aparente que los comunistas hayan logrado ha venido a través de seres humanos que, a pesar del duro materialismo que les enseñó, todavía conservan una memoria de Dios y que, incluso sin darse cuenta, se basaron en los estándares eternos de la verdad y la justicia. Pero su reserva de tales hombres está disminuyendo, y a pesar de sus aparentes victorias los hombres instruidos en la oscuridad están condenados a la derrota.

Homilía, Memoria de San Ignacio de Antioquía

Se están levantando nuevos ejércitos de hombres, y éstos son sostenidos no por el credo comunista sino por el credo del cristianismo. Y estoy profundamente consciente de que sólo una generación de hombres tan devotos a Dios que ellos presten atención a su mandato, ‘Ámense unos a otros como yo los he amado’, puede traer la paz y el orden a nuestro mundo.⁴

⁴ Traducción al español del libro de Bella V. Dodd, “School of Darkness”, P. J. Kenedy & Sons (1954), Nueva York, pág. 250.